

Un nuevo hito para la educación superior y las interacciones sociales: el mundo antes y después del COVID-19

A new milestone for higher education and social interactions: the world before and after COVID-19

El mundo se encuentra en una disrupción y al borde de un momento histórico sin precedentes debido a la crisis de salud pública ocasionada por el Novel Coronavirus (COVID-19). Dicha crisis ha generado que las naciones determinen el aislamiento entre países y que, en consecuencia, se haya exacerbado el miedo, la incertidumbre y la desconfianza entre los pueblos. El papel de los medios de comunicación y el uso de plataformas mediáticas de acceso a información –de todo tipo– han de determinar el tipo de interacciones entre personas, organizaciones y países. Todo apunta a que el mundo será otro después de la pandemia.

En este sentido, de hoy en adelante las interacciones personales no solo han de ser más vertiginosas, sino que también tienden a ser más diversas y complejas a medida que la información recibida desde distintas fuentes intervienen en la interpretación de la realidad. Se puede pensar que tales interacciones deberían propender por el fortalecimiento de las ‘relaciones interpersonales’ y de los ‘ideales de una humanidad más colectiva’; se esperaría, igualmente, que las tecnologías de la información y las comunicaciones robustecieran ambos preceptos. Sin embargo, lo que se puede evidenciar es un efecto adverso que lleva a la exaltación del temor y el escepticismo sirviendo a un nuevo modo de percibir la sociedad –ahora más determinada por el aislamiento y la individualidad por la supervivencia–.

En consecuencia, lo que se pueden llamar ‘interacciones intercedidas por la inmediatez mediática’ están ganando cada vez más notoriedad en nuestro tiempo. La crisis sanitaria actual ha acelerado lo que ya venía ocurriendo frente a la reducción de las interacciones con otras personas en distintas latitudes –ahora determinado por

plataformas virtuales– y, como resultado, las concurrencias tradicionales de los individuos (en trabajos, escuelas, restaurantes, universidades, cines, etc.) pareciera que ocurrirán con mucha menos frecuencia. Además, en el mundo ya emergía una cultura creciente de incertidumbre, resentimiento y desconfianza (en la que los nuevos medios de comunicación han sido determinantes), con un efecto preventivo de unos con otros, lo que lleva a que cada quien se proteja y cree una mayor distancia de aquellos que le generen –de una forma u otra– algún tipo de vulnerabilidad.

Por tanto, desde la perspectiva de la educación superior, y derivada de la crisis en salubridad que enfrenta el mundo, es imperativo empezar a (re) pensar nuevas interpretaciones frente a las nuevas interacciones entre las personas –ahora más diversas y complejas– para resolver desde allí las dificultades sociales que se agravan no sólo por la desinformación sino por la preocupación sobre la actual coyuntura económica, política y de salud pública. En este sentido, se requerirán maneras creativas que conlleven a experiencias que motiven otras formas de vivir en comunidad y que den una alternativa a nuevos medios de interacción. Sin negar la importancia y la necesidad vigente de las interacciones virtuales, las universidades de todo el mundo se han abocado a resolver de manera súbita –preparados o no con recursos tecnológicos– pedagogías fundamentadas en aprendizajes y enseñanza en línea. Lo anterior conlleva necesariamente a cuestionar una nueva educación superior más interconectada, menos reduccionista y más globalizada.

Así las cosas, hoy en día, por ejemplo, se tiene acceso a grandes cantidades de información, pero todos, especialmente las nuevas generaciones –millennial y centennial– enfrentan la dificultad de

saber qué hacer con la información y cómo transformarla en conocimiento que sirva. Por lo tanto, la academia ha de reflexionar sobre qué es importante aprender y cómo ese aprendizaje afectará las interacciones sociales en adelante. Por ello, los entornos educativos enfrentan no solo retos de garantizar el aprendizaje, sino que también se suma la tarea de fortalecer una nueva interpretación de sentido de comunidad y defensa contra el aislamiento preventivo de unos con otros.

Consecuentemente, la educación –internacionalmente– ha de desempeñar un papel crucial en la lucha por criterios básicos –casi olvidados– como el cuidado, la salud, la fraternidad y la tolerancia; en suma, todos estos elementos se convierten en atributos para encontrar una nueva forma de (re)encuentro social a través de la producción de nuevos conocimientos desde el pensamiento dialógico y transformador hacia un relacionamiento distintivo y de reconfiguración social. Por ello, es el momento para que las universidades acompañen a las nuevas generaciones a darle un nuevo sentido a su papel de cara a los retos actuales del mundo. En consecuencia, las universidades han de dar más importancia a las relaciones –y ojalá interculturales– que al mero acervo de conocimiento, es decir, como comunidades que reconfiguran la cultura –comunidades culturales– como lo reconoció la Unesco hace unas décadas: “el mundo que conocemos, todas las relaciones que damos por sentado están experimentando una profunda reformulación y reconstrucción. Se necesita imaginación, capacidad de innovación, visión y creatividad” (Unesco, 1996).

Frente a este tema Jesús Martín-Barbero (2014) señaló que las comunidades culturales se han convertido en lugares cruciales para recrear un sentido de colectividad, reinventar identidades, renovar cómo ocurren sus activos y convertirlos en espacios de articulación productiva entre lo local y lo global. Desde el concepto de ‘sostenibilidad cultural’ es probable que la adversidad ayude en las reflexiones sobre nuevos paradigmas sobre el capital social.

Es necesario, por lo tanto, establecer estructuras capaces de apoyar el trabajo entre las naciones, y las interacciones culturales atribuidas a este, para construir y lograr mejores espacios de (re)encuentro. Es por esto que todas las acciones de gestión estratégica de una universidad, por ejemplo, pueden prestar especial atención a cómo se configuran nuevas interacciones entre los distintos actores sociales (en sus relaciones culturales, jerárquicas y simbólicas) y determinarlas. Sin duda alguna, estas formas de interacción se refieren a los marcos de comportamiento que afectan a las instituciones de educación superior frente a su papel transformador: la interacción entre lo que la sociedad exige de las universidades y la ventaja de su autonomía institucional en beneficio de su aporte social.

Las ideas anteriores promueven un replanteamiento permanente de lo que es una universidad y la posibilidad de nuevos entornos que fomenten la capacidad del hombre para el bien común desde la investigación científica y el avance tecnológico, así como el pensamiento crítico, la innovación y la creatividad para transformar y dar un nuevo rumbo a un mundo que demanda decisiones prontas. El tiempo se ha agotado.

Así, los educadores y educandos son los llamados a resolver problemas asociados a las necesidades públicas vigentes utilizando la investigación y la contribución al conocimiento para propiciar de forma directa espacios de trabajo colaborativo internacionalmente para la supervivencia de la humanidad como colectivo. En este sentido, lo acontecido a la fecha es un preludeo frente a la responsabilidad del docente; no se puede tratar de ocupar a los estudiantes mientras ‘la tormenta pasa’ y esperar a que otros den respuesta. Por su parte, los estudiantes también han de asumir en plenitud los alcances del trabajo independiente y autónomo. Las respuestas apuntan a poder garantizar aprendizaje significativo y experiencial desde entornos virtuales, y es aquí donde se requieren interacciones significativas.

Para que el mundo logre avances científicos, al tiempo que busca una salud pública estable,

el crecimiento social, las políticas y los enfoques educativos deben considerarse desde una complejidad global-societaria. Si las sociedades (con las universidades como mediadoras) no prestan atención a los desafíos sociales actuales, la sostenibilidad de la humanidad está en riesgo, como ya lo ha demostrado la actual crisis sanitaria ocasionada por el Novel Coronavirus.

De otra parte, si el acceso al conocimiento para el avance social es limitado o mediado por herramientas tecnológicas robustas, la solidaridad universitaria debe exacerbarse en todas sus manifestaciones, toda vez que varias instituciones aún adolecen de buenas plataformas para la enseñanza; se requiere, posiblemente, transferencia de tecnologías y de su uso –solidaridad de las grandes instituciones– para garantizar estabilidad de acceso a la educación trans-inter-multi nacionalmente.

Además, con las problemáticas que el mundo enfrenta, cada vez más con mayor adversidad, la

universidad es un espacio único en el que la ciencia y la formación pueden impulsar el papel de las personas –desde nuevas interacciones intencionadas por la academia– hacia la protección del planeta y las reflexiones frente a los efectos adversos que conllevan ciertas prácticas culturales que ponen en riesgo la supervivencia de la humanidad como especie. En resumen, las universidades han de promover oposición a la lógica de la dominación, el consumo excesivo y depredador de las especies, así como la falta de respeto por la vida, la ambición y el egoísmo destructivo por prácticas culturales amenazadoras. Y es el encuentro internacional de la educación superior –con los atributos de impacto social que se le demanda– el que posiblemente contribuya en el resarcimiento de las fisuras sociales asociadas al desencuentro de los pueblos.

Giovanni Anzola Pardo

giovanni.anzola@uexternado.edu.co